

MATA HARI

Traducción de un artículo de Michel Grey en "Miroir de l'Histoire".



Por

Luis CARRERAS González

General de Brigada de Artillería D. E. M.
Ejército de España



ERAN ALGO más de las seis de la mañana del lunes 15 de octubre de 1917. En esta mañana brumosa y fría el sol tardaba en brillar. Dos automóviles se han detenido en el lindero del polígono de Vincennes. Un poste rígido sobre la hierba mullida, indica que se va a realizar una ejecución. Una mujer, todavía joven, vestida con un traje gris perla, cubierta con un sombrero con velo y con un abrigo amplio echado sobre sus hombros, camina con paso tranquilo al lado de una religiosa. La mujer se coloca adosada al poste. Rehúsa ser atada y que se le venden los ojos. Un poco retirado, el señor Clumet, un abogado, un sacerdote, sor Leónida y los jueces militares.

Un oficial lee la sentencia pronunciada tradicionalmente "en nombre del pueblo francés". Frente a la condenada, doce hombres del 4º Regimiento de Zuavos, esperan con el arma preparada. Tras una breve orden, cargan. El oficial de servicio desenvaina su sable y lo eleva. Doce detonaciones se confunden, la mujer se desploma. Un suboficial se aproxima al cuerpo y dispara el tiro de gracia. Un médico civil le sigue a fin de comprobar el fallecimiento. Son las seis y cuarto, en total no han transcurrido más de quince minutos. A partir de ahora, el mito de Mata-Hari, "la más grande espía de todos los tiempos", se va a poder desarrollar fácilmente. Cada vez que una mujer esté convicta de espionaje se la denominará "la nueva Mata-Hari". ¿Qué se puede reprochar a

la ajusticiada del polígono? No se sabe. Si fue condenada es porque estuvo a sueldo de Alemania. Después de transcurridos cincuenta y siete años desde aquella fecha, las tres cuartas partes de los franceses no saben nada más que eso. Mata-Hari sigue envuelta en su leyenda: vagamente bailarina, pero sobre todo, espía!

Para acercarnos a la verdad sería suficiente invertir los términos. Nuestra heroína fue en realidad una bailarina, al parecer escandalosa, pero vagamente espía. Una de sus compatriotas, la holandesa Sam Waagenaer, lo prueba hasta la evidencia en un libro editado en Francia. En 1931 era directora de publicidad para Europa de la Metro Goldwyn Mayer, cuando esta firma decidió rodar una película con Greta Garbo en el papel de Mata-Hari. Interesada por el personaje inició una encuesta que no se acabaría hasta algunos meses después de la Segunda Guerra Mundial. Este artículo le debe mucho a esa encuesta.

La que se hará llamar Mata-Hari está inscrita en el registro de nacimiento de la pequeña ciudad holandesa de Leenwarden, con fecha 7 de agosto de 1876, bajo el nombre de Margarheta Zelle. El sombrerero Zelle idolatra a esta niña, nacida después de tres varones. Los negocios marchan con prosperidad y puede mirarla. Sus gustos aristocráticos le han valido el sobrenombre de "el barón". Aún muy pequeña, Margarheta posee una carroza tirada por cabras. Más tarde realiza sus estudios en la mejor institución de la Frise.

De jovencita es el orgullo de Adam Zelle. Alta, esbelta, con el pelo muy negro, admirablemente vestida, dotada además de una voz armoniosa, se ve admirada, más que envidiada, por sus compañeras. Afortunadamente, pues le gusta lucir. "M'greet" aprende fácilmente el alemán y el francés. Es verdaderamente "una señorita" y se suele presentar a los desconocidos como la hija del barón Zelle. Pero he aquí que el sombrerero quiebra.

En 1895, Margarheta, que ha llorado la muerte de su madre y conocido múltiples tribulaciones, vive en La Haya. No ha perdido nada de su orgullo. Novelesca, traba correspondencia amorosa con un oficial del ejército de las Indias ho-

landesas, el comandante Mac Leod. Ella tiene diecinueve años, Rudolph Mac Leod frisa los cuarenta. En revancha, este colonial de origen escocés desciende de una buena familia en la que se encuentran un general, un almirante y un barón con título auténtico. Se acuerda rápidamente la boda entre la joven exaltada y el militar, de maneras bruscas y un carácter agriado por algunas enfermedades. Su salud está tan quebrantada que se retarda, de mes en mes, su embarque para las Indias holandesas.

Han pasado dos años y Margarheta ha dado a luz su primer hijo llamado Norman John, cuando la pareja parte hacia Java a bordo del "Princesa Amalia". De Java a Sumatra, a través de la vida de sus guarniciones, la joven aprende a conocer este país exótico al mismo tiempo que el execrable carácter de su marido, que la trataba de "impúdica perversa" en sus accesos de celos. El nacimiento de una niña llamada Non, no bastó para reconciliar a la pareja mal avenida. En el año de gracia de 1900, Margarheta, que había perdido a sus hijos en circunstancias bastantes confusas, empieza a soñar con París en donde a la sazón se realiza la Exposición Universal. A partir de entonces, la separación de la pareja se acelera. El comandante, desesperando de obtener su ascenso a teniente coronel, pide el retiro. Los Mac Leod volvieron a Holanda y se instalaron en Amsterdam, en marzo de 1902. Cuatro meses más tarde, el tribunal de esta ciudad pronuncia la separación de los esposos a favor de Margaret. El primer mito que ella había perseguido, el de la respetabilidad del matrimonio, acaba de hundirse.

Como contrapartida, Margaret es libre y puede irse a vivir a París. En efecto, desde 1903 efectúa una primera estancia en la ciudad de sus sueños. Pero la realidad es bien decepcionante. En París, más que en ningún lado, hace falta dinero y la fortuna de Margaret se limita a su billete de vuelta. Se ofrece a los pintores en calidad de modelo, pero esto no le permite comer todos los días. Por ello, decide regresar a Holanda y una vez allí examina su situación con toda calma y frialdad. Ciertamente que su poder de seducción es indiscutible. Sin embargo, no es verdaderamente bella. Su cara, a pesar de la boca demasiado grande y de la nariz

muy pronunciada, constituye con sus piernas, lo mejor que ella tiene. Las espaldas son amplias, las caderas pronunciadas (después de todo, ha tenido dos hijos), y en la época de los bustos triunfantes, puede considerarse como muy agraciada en este aspecto. Pero cuando el cuerpo se anima, todo se funde en un movimiento que logra una especie de perfección en la figura. Como se diría entonces, Margaret "tenía chien" (chispa). Más tarde lograría tener "sex appeal". Era también una buena amazona. Durante su estancia en Java y Sumatra había asistido a los bailes locales y conocía también un poco del idioma malayo.

Estas eran sus "bazas" en el París de la "Belle époque, abocado a las novedades japonesas y a las peores manifestaciones de un orientalismo de bazar. Desdichadamente, Margaret se considera a sí misma como una bailarina de segunda fila. Necesita "picante" para anestesiar al público y bien pronto lo descubre: vestida al estilo oriental al comienzo de la danza, la terminará completamente desnuda. Margaret acaba de inventar lo que se denominará más tarde el "strip-tease". Vuelve pues a tomar el tren para París. Aprovechando la lección de su primer viaje, no intentará subir uno a uno los escalones, sino que se impondrá desde el primer momento en la alta sociedad parisiense.

En 1904, en efecto, el Gran Hotel acoge a una joven cliente de una elegancia refinada provista de una gran cantidad de maletas y bultos. Margaret se inscribe bajo el nombre de Lady Mac Leod. Más tarde confesará a un periodista que no tenía en su bolsillo más que 50 centésimos. Pero a falta de dinero tiene mundo. Dos semanas después de su llegada, hace su presentación como bailarina oriental en el salón de una cantante muy conocida en la sociedad parisiense, la señora Kireevsky. Al día siguiente, en los círculos de iniciados no se habla más que de Lady Mac Leod.

De salón en salón las exhibiciones se multiplican. La señora presenta, según un diario inglés de la época, 4 de febrero de 1905, "un espectáculo de velos envolventes que después se retiran". No exento, añade el cronista puritano de Kin, "de una cierta incitación a lo verde".

A la sazón, un industrial, el señor Guimet, es persona muy conocida en la so-

ciudad parisiense. Gracias a su buen gusto y afición a las obras de arte orientales, ha adquirido reputación de gran coleccionista. Ha hecho construir, a fin de albergar sus tesoros, el museo de arte oriental de la plaza de Jena y pasa por un experto en la materia.

Guimet ha visto a Mata-Hari durante la exhibición de un espectáculo y se ha encaprichado con ella. El 13 de marzo de 1905 la bailarina se presenta en el Museo Oriental. El segundo piso, con la biblioteca en una rotonda, ha sido convertido totalmente en un templo hindú. La luz de los candelabros crea un ambiente misterioso. Una orquesta toca música inspirada en las melodías hindúes. Un Siva de cuatro brazos, del siglo XI, simula estar rodeado de llamas. Cuatro mujeres envueltas en velos, vestidas de negro, rodean a la bailarina.

Ahora ya no es Lady Mac Leod, sino que en adelante se llamará Mata-Hari, pseudónimo típicamente malayo que en la lengua de los indígenas de Java y Sumatra significa el Sol o literalmente "El ojo del día". Mata-Hari va vestida con una túnica que deja la espalda y el vientre descubiertos. Pulseras y brazaletes en brazos y pies con una diadema, completan el sucinto vestido. Al final de la danza, la túnica, apenas retenida por un cinturón, cae y desnuda totalmente a la artista.

Los espectadores quedaban sin respiración. Sin embargo, son sensibles a un cierto número de tabúes y necesitan una coartada. Esta será la cultura sagrada de la India, los ritos inmemoriales. Se alaba el conocimiento de las danzas sagradas manifestado por la maravillosa Mata-Hari. En su entusiasmo, los hombres le regalan joyas. Otros depositan ramos de flores en el umbral de su puerta. La prensa secunda esta actitud. Mata-Hari no tiene más que elegir sus amantes entre los más ricos de sus admiradores.

Al mismo tiempo que el "strip-tease", Mata-Hari ha inventado las relaciones públicas, naturalmente reservadas a su propio uso. Ella sabe, por instinto, hacerse valer. Después del espectáculo aparece en los salones vestida con un traje de noche muy estricto y se expresa como una mujer de mundo con una cultura enciclopédica. Jugando con una marioneta javanesa vuelve a convertirse en Lady Mac Leod, para contar la historia "prehistóri-

ca" de Adjurnah. En realidad se trata de un personaje del folklore javanés que no tiene más que cuatro siglos de existencia. Pero nadie está en condiciones de rectificar el error.

Margarheta desempeña a las mil maravillas su doble papel y no se sabe bien dónde está la una o la otra. Sus recitales adquieren un carácter cultural. Se celebran más de treinta sólo en el año 1905, a los que los más célebres artistas de la época le otorgan su voto. Hábilmente, la danzarina dosifica el grado de desvestirse, según el público de que se trate. En el Trocadero, por ejemplo, no se desviste más que parcialmente. La coartada tiente. El espectador no ha venido a presenciar un espectáculo de desnudo voluptuoso, sino a iniciarse en la cultura india, lo que, evidentemente, es muy diferente.

A los quince años, Margarheta se presentaba como la hija de un barón verdadero. Estaba tan persuadida de su nobleza familiar que decía vivir en un castillo que existía realmente en Leerwarden, su ciudad natal. Con esta misma sinceridad, Mata-Hari a los treinta años declara a Paul Hervieu: "He nacido en las Indias en donde viví hasta la edad de doce años. Mis recuerdos de la infancia son muy precisos. Recuerdo los menores detalles de mis primeros años en medio de aquella civilización tan diferente de la vuestra. A los doce años vine a Wiesbaden y me casé. Con mi marido, oficial holandés, volví a vivir en mi país natal. Soy mujer y mis ojos vuelven con placer a las visiones del pasado".

Mata-Hari habla de sus sueños con tanta convicción que se convierten en realidad a los ojos del público. Cuando triunfa en el Olimpia, en donde ha sido contratada por la enorme suma de 10.000 francos-oro, el buen pueblo queda maravillado al ver sobre el escenario a una verdadera "lady". Misterios del París de aquella época.

Mata-Hari no se contenta con ofrecer su espectáculo a los parisienses y lo llevará a través de Europa, a Madrid o a Berlín. En todas partes su éxito es total. En Madrid, Mata-Hari se gana la amistad del embajador de Francia, Jules Cambon. En Berlín, Massenet le escribe cartas delirantes. Esta conquista le vale un contrato en la Opera de Montecarlo, la más célebre de la época, después de la de París.

Sin embargo, la danzarina, mitómana y megalómana, no consigue conservar a uno solo de sus amantes. Su divorcio, y no solamente la separación de cuerpos, ha sido pronunciado y sueña con volverse a casar. Sus flechazos, más o menos durables, desorganizan su carrera, que pronto presenta un perfil con altibajos. Esto es grave en un sector en el que la peor de las faltas es dejarse olvidar. Por otra parte, sin querernos entregar a un psicoanálisis retrospectivo de Margareth Zelle-Mac Leod, se debe señalar el efecto que le producía, siempre pronta a inflamarse, la vista de un uniforme militar llevado con prestancia. Estas dos debilidades junto a una mitomanía demasiado cierta van a precipitar a Mata-Hari en una actividad que no le conviene en absoluto: el espionaje.

En la primavera de 1910, la bailarina cesa de aparecer en las crónicas. No se vuelve a hablar de ella hasta finales de 1911. Se sabe que ha vivido retirada con un gentilhomme de Turena. Después, es la amante de un banquero llamado Rousseau. ¿Fue éste su gran amor? Puede ser. Sin embargo, la bailarina, en situación de disponibilidad, no descuida sus intereses. Si el banquero sale arruinado de esta unión, ella se compra un hotelito en Neuilly, rodeado de un bello jardín. Vuelve a reunirse con sus amigos y relaciones, organizando fiestas en las que ella no es la principal, sino la única atracción. Aunque no está lejos de la cuarentena, el reposo y su aire de gran señora parecen haberle dado una segunda juventud.

Mata-Hari vuelve a ser la estrella adulada. Se la ve incluso en la Scala de Milán. Recorre Europa intentando entablar relaciones con el prestigioso Diaghilev. Sin éxito, pues el coreógrafo está menos persuadido que ella de su genio. Intriga en todas partes, renueva sus relaciones alemanas para entrar en la Opera de Berlín. Los fracasos se multiplican. Ya no consigue los contratos de otros tiempos. "Acepta el precio que quieran, le escribe a su agente, si les parece mucho mil francos pide seiscientos". La caída se acelera a finales de 1914, en Berlín, en donde Mata-Hari juega su última carta.

Más que las necesidades financieras, la necesidad de figurar la atrae a la capital alemana. Desde su divorcio siempre ha vivido como una mujer amante de al-

guien. Bien pronto encuentra un amante berlinés llamado Griebel, que es un apuesto oficial. Pero se ha declarado la guerra europea. La bailarina vuelve a Holanda, se instala en Amsterdam y descubre a un nuevo protector: el barón Van der Capellen, coronel de caballería.

Vive en La Haya donde da en diciembre de 1914 su último espectáculo. ¿Es ya una espía? Sus historiadores creen que fue reclutada antes de la guerra. Parece poco probable. No obstante, Mata-Hari va a emprender una existencia tan complicada, tan llena de tribulaciones, acumulando tantas mentiras, las más veces gratuitas, que es difícil comprenderlas.

Demos un salto en el tiempo. En agosto de 1916, en París, Mata-Hari conoce al jefe del contraespionaje francés, el capitán Ladoux. Ella es entonces la querida de un oficial ruso, Massloff. Propone al capitán Ladoux su colaboración a cambio de una remuneración de un millón de francos. El jefe de la 2ª Sección, curiosamente, no rehúsa.

¿Seríais capaz de ir a Alemania y a Bélgica?, le pregunta.

Ella irá a Bélgica, Alemania y Holanda, a condición de que se le autorice antes a hacer su cura de aguas en Vitel. Para ello necesita un salvoconducto, ya que la estación balnearia se encuentra en territorio prohibido. Después, ella hará "grandes cosas". Las suficientes para ganar un millón que constituirá su dote en el matrimonio que proyecta con Massloff.

Hay que decir que el espionaje en aquella época tenía un cariz muy novelesco. Los servicios de información aliados y enemigos actúan a ciegas, sin ningún plan preciso. ¿Qué puede esperar el capitán Ladoux de una bailarina desnuda? ¿Por qué le pide que vaya a Bélgica y, en particular, a Amberes? Nunca jamás lo ha dicho. Su declaración en el proceso parece indicar que sospechaba de Mata-Hari, incluso cuando "negociaba" con ella. ¡Pero tantos acontecimientos se desarrollaron en un año!

Al regreso de Vitel, segundo encuentro con el capitán Ladoux. Este deja entender que sospecha que ella pertenece al espionaje alemán. Sobre un papel que le pasa, ha escrito: AF44. Esta sería la matrícula de Mata-Hari en el cuerpo de agentes germánicos. Ella se contenta con negar. El no insiste:

—Si pudieses entregarnos un espía alemán, español u holandés, ello sólo os valdría 25.000 francos.

Margaret no parece pensar que serían necesarios 40 espías para llegar al famoso millón. Las sospechas que pesan sobre ella no le asustan. Simplemente, como ella no es una delatora, entregará informes y no hombres. Se cree soñar. Tanto más cuanto que el 6 de noviembre de 1916, Mata-Hari franquea la frontera española. Desde allí debe ir a Holanda, su país natal. En efecto, embarca a bordo del "Hollandia".

El vapor está en pleno Canal cuando recibe la orden de dirigirse a un puerto inglés. Mata-Hari es reenviada a la Península Ibérica. Si trabaja realmente para los dos bandos debe encontrarse en una situación difícil. Al contrario, llegada a Madrid a mediados de diciembre se precipita en la embajada alemana para encontrar al agregado militar Von Kalle. ¿Busca un refugio? No. Va a buscar los famosos informes que le valdrán su dote de un millón. Más enamorada que nunca de Massloff, hace el "sacrificio" de su cuerpo a Francia, su segunda patria. Al día siguiente es presentada al coronel Denrigues, jefe de la antena madrileña de la 2ª Sección. El coronel se queda maravillado cuando ella le encarga transmitir sus informes al capitán Ladoux, pues éstos son de primer orden. Mata-Hari ha descubierto que los alemanes poseen el código radial de los franceses. Tiene tan poco que temer de la 2ª Sección, que vuelve a París a primeros de 1917. Allí se entera que el coronel Denrigues no ha entregado al capitán Ladoux lo esencial de sus famosos informes.

De repente cambia de vida. La mañana del 13 de febrero, Mata-Hari, que reside en el palacio Elíseo, ve entrar en su habitación al comisario Priolet y a cinco inspectores. Se le notifica oficialmente una acusación: "La señorita Zelle, que sabe leer y escribir, es acusada de espionaje, complicidad y relación con el enemigo con la finalidad de favorecer sus acciones". La inculpada es encarcelada en San Lázaro.

Se suceden entonces una serie de golpes teatrales. Durante la primera parte de la instrucción, Mata-Hari soporta sin desfallecer catorce interrogatorios. Ella no ha tenido jamás el menor pudor en cuanto a su vida privada, pero ahora trata de no

mencionar a sus amantes alemanes de antes de la guerra. Lo explica todo, responde a todo y termina: "Protesto una vez más. Yo no he hecho ni espionaje ni tentativa de espionaje contra Francia".

El proceso prosigue hasta el primero de mayo. Ese día Mata-Hari parece confusa. Los franceses poseen la prueba de que ella es el agente H-21 de Colonia, que enviada a Francia por segunda vez en 1916, finge aceptar las ofertas del capitán Ladoux y que, por otra parte, ha recibido en noviembre de 1916 cinco mil francos de sus jefes alemanes. ¿De dónde provienen estos informes? De una comunicación de Von Kalle al Estado Mayor de Berlín, interceptada por los servicios franceses. La ex-bailarina no duda y confiesa. Es verdad que estaba fichada como el agente H-21. Es verdad que recibió 20.000 francos en 1916 por proporcionar informaciones. Es verdad que valiéndose de su matrícula pudo hablar con Von Kalle en Madrid. Es verdad que éste le dio "como regalo" 3.500 pesetas. Es verdad que le dio falsos informes reclamando por ellos 10.000 francos, que no percibió. Todo esto es verdad, pero jamás ha hecho espionaje en favor de Alemania. El agente H-21 no ha tenido más intención que la de servir a Francia. En cuanto a los 5.000 francos que se le reprochan, ha sido su protector Van Kapellen, quien se los ha dado.

Por extraño que parezca es verosímil que Mata-Hari no haya mentido. Inconsciente, caprichosa, ha creído poder jugar con los servicios secretos como con los "snobs" de la "belle époque". En 1917, cuando se producían motines en los frentes, este juego era peligroso. Mata-Hari espía, hubiese sido bastante hábil para no

meterse en la boca del lobo. También habría preparado mejor su defensa.

Un ejemplo: Explica por qué aceptó de los alemanes en 1914 20.000 francos y frascos de tinta "secreta", pues tenía cuentas que arreglar.

"Fue en 1916 cuando el Sr. Kramer, cónsul de Alemania en Amsterdam, me propuso darme 20.000 francos a cambio de "servicios". Yo pensé en los alemanes que me habían regalado valiosas pieles (en 1914, principio de las hostilidades) y sería buena manera de hacerles la guerra, sacándoles todo lo que pudiera. Una vez en el Canal entre Amsterdam y el mar, arrojé al mar los frascos de tinta, tras vaciarlos". La explicación es totalmente pueril, sobre todo cuando la acusada añade: "Yo me sentí purificada". Pero parece cierta. Esto aparece claramente cuando se conoce a Margaretha Zelle, alias Mac Leod, alias Mata-Hari. Pero en 1917 fue juzgada por oficiales, inquietos por la suerte de la guerra. El teniente Mornet desempeña el papel de acusador, el mismo que en 1945 lanzara el acta de acusación contra el mariscal Petain.

¿Debe lamentarse la muerte de Mata-Hari? La respuesta es no. La primera "strip-tease" entró en el círculo vicioso de los Servicios Secretos. Desde este instante estaba perdida. Fue fusilada en Francia, pero lo habría sido de todas maneras en Alemania o en Inglaterra, por haber jugado a un juego cuyas reglas ignoraba. Al caer bajo las balas de los zuevos, el 15 de octubre de 1917, arrastraba con ella a la "belle époque", agonizante. Esto, sólo, confiere a su destino una especie de grandeza.

De Revista "Ejército", de España.

